

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 64.

Alicante 10 de Febrero de 1872.

Año III.

LA ORACION

filosófica y religiosamente considerada.

V.

CULTO EXTERNO.

Al terminar nuestro precedente artículo indicamos que esta materia no puede desarrollarse en breve espacio, prestándonos por consiguiente campo para discurrir dentro de este terreno. Vamos, pues, á continuar por este camino, y con tanto mas motivo, cuanto que los disidentes ó enemigos de nuestras creencias parece que forman empeño en impugnar y hasta ridiculizar todas las prácticas del culto católico, como creyendo, y no sin razon, que en ellas estriba una de las señales de la virilidad y santidad de una religion que sabe resistir, y que viene resistiendo cerca de diez y nueve siglos, todo género de combates.

La razon del culto la encontramos en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre. Dios, creador del hombre y de todas las cosas, merece naturalmente el ho-

menaje y respeto de aquel, y la sumision de estas. El hombre, ser inteligente y libre, que nada se debe á sí propio, reconoce no solo la razon de su dependencia de Dios, sino por esto mismo la razon de sus altísimos deberes para con Dios, á quien se debe en cuerpo y alma.

Aquí tenemos ya un motivo natural y lógico del culto exterior, porque la índole del culto no podemos tomarla de otra parte que de la naturaleza del hombre. Debe á Dios reconocimiento por lo que de él ha recibido, y veneracion por lo que es. De él ha recibido su alma y su cuerpo; debe, pues, culto á Dios con su alma y con su cuerpo.

Así es, en efecto. Porque si el hombre debe homenaje á la Divinidad, lo cual ningun pueblo ha puesto en duda, este homenaje debe ser de todo el hombre, del hombre completo, sin exclusion de ninguna de sus facultades; de su imaginacion y de sus sentidos, de su entendimiento y de su corazon. Porque, ¿qué haria de su naturaleza sensible sino la emplease en el mismo culto? Es preciso que la ocupe, no puede prescindir de ella: ó la naturaleza le sigue ó le arrastra,

dada la tendencia al mal despues de la primera caída; y para que ella no le extravíe, es menester que él mismo la dirija y la haga servir al objeto de sus adoraciones.

¿Quién puede dudar que el hombre se cree deudor á Dios de todo su ser? ¿ni quién puede dudar que abriga y ha abrigado siempre el íntimo convencimiento de que debe consagrar á Dios todo su ser, ó que con todo él debe darle pruebas de reconocimiento? Nadie, ni aun entre los paganos: y la prueba de ello la tenemos en que, en todos tiempos y todos los países el hombre ha prestado adoracion á Dios por medio de sacrificios y demostraciones exteriores.

No puede menos de ser así; y aunque el hombre en medio de sus desvaríos no quisiera, habria de ser forzosamente, porque nosotros no podemos separar de un modo absoluto los actos internos de los externos, ni estos de aquellos, sin que haya punto alguno de relacion ó afinidad entre unos y otros. ¿Quién ignora con cuanta fuerza obran la palabra sobre el pensamiento, el acto sobre la voluntad, la expresion sobre el sentimiento, de tal manera que podria decirse que nuestros propios pensamientos no llegan al estado distinto de conciencia, sino despues de haber pasado por el estado sensible, y haberse visto á sí mismos en su expresion? ¿Quién duda que el hombre, obrando como ser racional, no habla ni ejecuta ningun acto exterior sin dar al

mismo tiempo forma á una idea, ni se le ocurre un pensamiento sin que lo revista de la forma exterior? Esta union íntima entre las funciones interiores y exteriores del hombre, este comercio tan patente como inesplicable entre los dos elementos que constituyen la personalidad humana, el alma y el cuerpo, nos dan á conocer perfectamente la necesidad en que se halla el hombre de emplear ambos elementos en sus relaciones con la Divinidad. De no hacerlo así, no podríamos explicarlas.

Por esto ha dicho muy acertadamente Portalis en su tratado del uso y del abuso del espíritu filosófico, que «negar la utilidad de los ritos y prácticas, tratándose de religion y moral, prueba sinrazon é ineptia: es negar el imperio de las nociones sensibles sobre los seres que no son puros espíritus; es negar además la fuerza del hábito. Los ritos y las prácticas son á la moral y á las verdades religiosas lo que los signos á las ideas.» En efecto, ¿cómo expresaríamos nuestros sentimientos para con la Divinidad, sino fuera por los actos exteriores? ¿Cómo nos uniríamos con los demás hombres para prestar este culto, sino fuera por medio de los ritos y ceremonias? ¿Cómo expresaríamos la fuerza, la energía é intensidad del sentimiento religioso que inspira este culto, sino fuera por medio de signos sensibles? ¿Cómo estenderíamos este culto, lo comunicaríamos y enseñaríamos á los

demás hombres, á lo cual nos inclina naturalmente el instinto religioso, sino fuera por los actos sensibles?

A mas de esto, el hombre no está llamado á prestar culto á la Divinidad él solo aislada y separadamente de los otros hombres, sino formando con ellos una colectividad moral y social. El hombre, ser naturalmente sociable, no solo tiene en sí grabado el instinto indeleble de la propia conservacion, sino tambien el de la conservacion de la sociedad que forma con los demas, y por ende la procura por cuantos medios le sugiere su inteligencia. De la misma manera, siendo natural é instintivamente religioso, no solo desea y debe cumplir personalmente con los deberes que nacen de este sentimiento, sino que desea y debe hacerlo juntamente con sus semejantes, esto es, formando sociedad con ellos. Y ¿cómo podria esto realizarlo sino se valiera de actos externos, tales como los sacrificios y ceremonias, por medio de los que se ponga en relacion con sus consocios, y todos en perfecta union, y como un cuerpo moral, eleven sus plegarias al cielo?

Y cuenta, que al hablar así, no discurremos sobre gratuitas suposiciones, ni establecemos hipótesis á nuestro sabor y arbitrio. El instinto religioso del hombre no es meramente personal, lo es tambien de familia y social. Recórrase la historia de todos los pueblos desde

el origen del mundo hasta nosotros, y véase si ha existido ó existe alguno, en que no solo individualmente, sino mas aun colectivamente se haya dejado de prestar culto á la Divinidad. Y siendo esto así, como no puede ponerse en duda, cabe inferir forzosamente que el sentimiento religioso no solo existe en el individuo, sino en la sociedad; y por consiguiente, que no solo debe llenar el individuo los deberes que él prescribe, sino la sociedad tambien.

Ahora, pues, ¿cómo puede llenar la sociedad estos deberes, sino por medio de actos que sean comunes á todos y á cada uno de sus individuos? Y ¿cómo podrán ser comunes estos actos no siendo exteriores, sensibles, de modo que puedan llegar á conocimiento de todos, y servir como vínculo comun en la expresion de idénticos sentimientos? No se concibe que se haga de otro modo; por consecuencia no es posible que la sociedad como tal preste el culto debido á Dios, sino por medio de prácticas especiales para este objeto establecidas. Así es como la sociedad honra á Dios y le adora, así es como ora, así es como lo ha hecho en todos tiempos, porque no entra en la posibilidad ni en el entendimiento el hacerlo de otra manera.

Por donde venimos fácil y claramente á comprender, que la filosofía con sus peculiares y solos recursos nos patentiza la necesidad que el hombre siente de emplear los

actos exteriores, para rendir el debido homenaje de respeto y veneración á la Divinidad. Prívase á la humanidad de estos medios, si así place por un momento, y dígase como se significa entonces su necesaria relación con la primera y altísima causa de donde depende y por la que vive, y como se expresan y se simbolizan los sentimientos religiosos que de aquí se derivan. No queramos pretender lo que la sabiduría de todos los sábios del mundo no ha pretendido; no queramos ir mas allá de lo que dictan la razón y la lógica, y confirma la historia, sino queremos sumirnos en el mas flagrante é inconcebible de los absurdos. No se eche en olvido que nunca la pasión anti-religiosa se sublevó impunemente contra la verdad eterna, y que esta, como en el orden sobrenatural, la vemos también frecuentemente revelada en el natural. No intentemos apagar los destellos de la suprema luz que alumbrá nuestro entendimiento, y nos señala, cual luminoso faro, el derrotero de nuestros pasos por esta vida. Esos destellos, fijemos bien la vista, nos permiten ver el alma humillada y compungida en el secreto de nuestro interior, y al hombre postrado sobre la haz de la tierra, elevando en coro con sus hermanos plegarias y acciones de gracias al cielo, á impulsos de un mismo é idéntico sentimiento.

Tal es la manifestación de nuestra inteligencia, cuando desde el elevado solio que ocupa, no asfixia-

da por el humo de nuestras bajas pasiones, deja percibir sus inspiraciones espontáneas. Pero dice el pseudo-filosofismo; siendo Dios un puro espíritu, y leyendo en el fondo de nuestros corazones, no tiene ninguna necesidad de que nos valgamos de signos sensibles para prestarle el homenaje de nuestra inteligencia; bástale con los movimientos de nuestro corazón y con los deseos y aspiraciones interiores de nuestra alma.

Aquí se cambian los términos, porque no es de la necesidad de Dios de la que hablamos, sino de la necesidad del hombre. En religión y en cuanto á ella se refiere y la constituye nunca se trata de la necesidad de Dios, porque de nada la tiene, sino de la necesidad y del deber del hombre. El hombre necesita expresar lo que siente, decir lo que piensa, hasta para sentirlo y pensarlo bien, sobre todo, cuando lo que siente y piensa contraria sus inclinaciones y su debilidad. En este caso necesita de todas sus facultades y hasta de sus sentidos, para no verse arrastrado por ellos á cosas extravagantes ó contradictorias; necesita sujetarlos al servicio de Dios con todas las fuerzas de su entendimiento y de su voluntad.

Ahora bien, no es posible someter al servicio de Dios las facultades y los sentidos del hombre, sino por medio de actos exteriores, en que toman parte estos sentidos y aquellas facultades, encaminados á rendir á Dios el debido obsequio y

homenaje, no solo con sinceridad, si que tambien con la conveniente majestad y decoro. Cuando á estos actos exteriores acompaña el brillo y la solemnidad, crece y se desenvuelve el sentimiento religioso y el amor y respeto á la Divinidad, á medida que se repiten, y se multiplican, y se extienden aquellos actos. Se afirman mas las creencias y se arraiga el mismo sentimiento religioso, cuanto mas se repiten las prácticas piadosas: tal influencia ejercen las cosas exteriores y sensibles en nuestro corazon, que no podemos esquivar la impresion fuerte que nos causan.

Añádase á esto la importancia que tienen las prácticas religiosas que se hacen en comun, y aumenta la de la oracion externa. Cuando reunidos los fieles bajo las sagradas bóvedas, entonan himnos de gracias ó de plegarias al dispensador eterno de todos los dones, se aviva la atencion, se enardece el espíritu en santa caridad, se ensancha el corazon, la imaginacion rebosa de puro entusiasmo, que se comunica por una virtud simpática á los demás, y todas nuestras facultades toman parte directa en las funciones á que se entregan nuestros sentidos. Entonces el culto es mas elevado y mas expresivo, por cuanto concurren á él todas nuestras fuerzas morales, intelectuales y físicas. Y como todas estas fuerzas las debemos exclusivamente á Dios, *por quien vivimos, nos movemos y somos*, con todas ellas debemos ofrecerle

el culto nacido de lo íntimo de nuestro corazon.

¿No seria pobre y mezquino encerrarnos en el interior de este para el desempeño de tan elevado ministerio? ¿No seria dividir al hombre, empleando una parte en el servicio de Dios, y dejando la otra para el servicio del mundo? ¿No seria esto ilógico, irracional y en gran manera ofensivo á la Divinidad y depresivo de la dignidad humana? ¿Quién ha autorizado al hombre á fraccionar su personalidad, honrando á Dios con una parte de ella, y exceptuando á la otra de esta obligacion? Si el hombre en su completa integridad es obra de Dios, en toda ella se debe á Dios en sacrificio piadoso, en homenaje y en humilísimo respeto sin límites.

Esto nos dicta la razon no asfixiada con los vapores de bajas pasiones, como antes hemos dicho; lo patentizan los hechos de todos los pueblos civilizados y no civilizados; nos lo corrobora la historia en sus variadas y múltiples manifestaciones, y lo continuaremos demostrando por otros medios que la filosofía encuentra en la exploracion del terreno que vamos recorriendo.

M. S.

No teniendo la Ayuda de Parroquia de San Francisco otro medio para atender á su culto que la libre y espontánea limosna de los fieles, se escita la piedad de estos, para que contribuyan á que pueda sostener-

se, al menos como hasta hoy. Muchas son las personas, ora de la clase acomodada, ora de la mas reducida en sus haberes, que han aumentado con su óbolo, la modesta cifra reclamada por las atenciones de aquella Iglesia.

Estando en recomposicion el Monumento que sirve para los oficios de Semana Santa, se hace más necesaria é importante la referida limosna. Las personas que quisieren hacer algun pequeño donativo, podrán entenderse con el Vicario encargado del culto Sr. D. Francisco Guimbeu.

Hemos tenido el gusto de recibir los periódicos siguientes: *El Ateneo Lorquino*, revista científica, literaria y de bellas artes. *El Zuavo Pontificio*, revista quincenal de Barcelona, consagrada á la defensa de la libertad é independencia de la Santa Sede, y del Boletín de la *Juventud Católica de Madrid*: en todos ellos hemos visto escelentes artículos y lindas poesías, teniendo suma complacencia en felicitar á sus redactores, y agradeciendo el envio de sus periódicos.

Parece que la Juventud Católica de Valeneia trabaja activamente para ver instaladas en aquella hermosa capital las Hermanitas de los pobres, de cuya benéfica y admirable institucion hemos oido los más entusiastas elogios. Si la juventud

Valenciana logra llevar á cima su empresa, tendrá la incomparable satisfaccion de ver atendida, con un celo y abnegacion verdaderamente edificante, la clase más desvalida de la sociedad: los ancianos.

EL ESPIRITISMO.

CARTA PRIMERA.

Sr. Director de *La Revelacion*.

Muy Sr. mio y de mi mayor consideracion: la luz acaba de herir mis ojos: el que suscribe, pobre mortal, caminaba entre tinieblas y sombras de muerte, hasta el momento que ha tenido la dicha de leer la *Revista espiritista alicantina*. Fluctuante, como la humanidad, en el inmenso campo de la vida, no habia sido penetrado todavia por la luz del espiritismo: pero esta llegó *real, evidente, palpable, cierta*, y su doctrina me ha sorprendido feliz en mi desastrosa marcha: á dónde iba yo á parar despojado el corazon de esos sentimientos religiosos, que son el todo de la armonia humana...» Si, tiene V. razon: el hombre en su extrema ignorancia caminaba á ciegas por cimas y precipicios sin preveer á donde hubiérase detenido en su fatal carrera: sí, es lo cierto que ignorando siempre á dónde hubiera de dirigir sus pasos, encontrará al fin de su destino una muerte horrible en justa espiacion de su torpeza: sí, es evidente que la humanidad toda se estrellará en su desenfreno, si una verdad grande, revelada y llena de uncion, divina, no la detuviera en el momento de precipitarse al caos. Esta verdad es el espiritismo.

Yo pues en vista de esto casi me siento inclinado á abrazar el espiritismo, y aunque neófito en la ciencia, abrazo de an-

temano á todos mis hermanos en los espíritus, incluso los de Sevilla y Alcazar de San Juan, y desde las columnas de *La Revelacion* les envío mi cordial saludo, el saludo de un corazón lleno de amoroso éxtasis, de divino arrobamiento y espiritual sensación.

Sin embargo, Sr. Director, como he sido conducido desde la niñez, en completa inocencia, por el fanatismo y la preocupación, necesito despojarme del hombre viejo, y arrancar una á una las injustas prevenciones de mi educación primera, descargando mi conciencia de ciertas dificultades que encuentro en la nueva doctrina: porque yo no reniego de mi razón, yo no renuncio esa facultad admirable, que Dios me ha dado, para investigar, conocer y comprender la doctrina espiritista: yo no abdicó mi dignidad de hombre, ni pienso ofrecerla en sacrificio expiatorio sobre una mesa golpeadora ó un cesto que escribe: al contrario, yo me reservo todos los derechos propios del ser racional, y armado con ellos, voy á penetrar, obrero infatigable, en los arcanos misteriosos de la ciencia: con el escalpelo de la lógica yo levantaré todas y cada una de las capas que cubren sus secretos, y presentaré á los ojos de los fanáticos y de los hipócritas, su hipocresía y su fanatismo, y la luz brotará al fin, sino á los golpes de una mesa, á los de mi pluma.

Cuento con vosotros, mis futuros hermanos en los espíritus, y confío que habéis de ser mis principales cooperadores. Yo soy, como vosotros, amigo de la luz: yo detesto y abomino lo mismo las tinieblas más profundas, que esas nubes pasajeras, que se levantan de vez en cuando en el horizonte de la vida: mis ojos solo se deleitan en lo grande, en lo bello, en lo verdadero, en lo luminoso y lo brillante, que Dios no ha encendido esos globos de fuego, que nos alumbran, sino para hacernos amar la luz, la luz, purísimo destello de su naturaleza invisible, la luz, pálido rayo de ese foco infinito, la

luz, símbolo de esa vida inmortal, á la que todos caminamos.

En los primeros números de *La Revelacion* afirma V., Sr. Director, con todo el aplomo de quien dice la verdad:

1.º Que el Espiritismo no destruye la religión cristiana: Si algunos por desacreditar nuestros principios propalasen que venimos á destruir la religión, sirvan de contestación estas palabras de Cristo: «NO VENGO Á DESTRUIR LA LEY, SINO Á CUMPLIRLA:» el Espiritismo dice también; no vengo á destruir la ley cristiana, sino á cumplirla. (1)

2.º Que el hombre, hasta la revelación del espiritismo, no ha conocido el objeto de su vida, ni siquiera ha sabido á que atenerse en lo relativo á este asunto, y no ha conocido, ni podido conocer la verdad sino en el espiritismo y por medio del espiritismo. El hombre en lo sucesivo sabrá á que atenerse, el rayo de luz que iluminando su alma, le hace ver claro el objeto de su misera vida, será para hacer esta más llevadera etc. Hasta aquí la humanidad no había encontrado en ninguna idea el mágico atractivo de la verdad,.... y ha sido preciso que la revelación (el espiritismo) le ayudara en su asiduo trabajo, en su constante estudio para abrirse paso y apoderarse del misterio de la vida, del arcano de todo, con el concimiento de Ultra-tumba. (2)

En estas dos afirmaciones, que son el preliminar necesario para no alarmar las conciencias timoratas, veo yo en la 1.ª lo que llamaré LA HIPOCRESIA ESPIRITISTA, y en la 2.ª TANTAS MENTIRAS COMO PALABRAS.

Por lo que hace á LA HIPOCRESIA ESPIRITISTA término final, ó como si dijéramos objetivo de mis cartas, quedará de manifiesto y como de cuerpo presente, á medida que vayamos penetrando en los arcanos de la ciencia. Por el momento baste decir que no es verdad que el es-

(1) La Rev. núm. 1.º pag. 2.

(2) Id. id. pag. 3. y siguientes. (1)

piritismo venga á confirmar la religion cristiana, y no á destruirla: pues á parte de la desmedida audacia que envuelve eso de *confirmar* nada menos que una religion divina, importada del cielo, el Espiritismo enseña precisamente lo contrario de esa religion: luego decir como Jesucristo, *no vengo á destruir la ley, sino á cumplirla*, es una hipocresia, que yo considero indigna de todo hombre que tiene el valor de sus convicciones: más aun, es una sacrilega burla del Hombre-Dios, de cuyas palabras abusa torpemente el Espiritismo para seducir y engañar á los inocentes y á los cándidos. Sin necesidad de revolver *el libro de los espíritus*, *La Revelacion* nos da una prueba evidente de esto. En un artículo titulado *la Oracion*, se leen estas palabras: *no receis como los fanáticos, que creen que por hablar mucho serán oídos y recompensados, ni oreis en público como los hipócritas, que ya Jesucristo les prometió el galardón. El maestro encarga se le adore en «espíritu y en verdad», y siendo esta la consagracion del culto interno y la mayor sentencia anulatoria del externo: la forma quedó anulada, y el fondo enaltecido.* (1) Prescindiendo de la completa ignorancia, que de la doctrina de Jesucristo arguye en el desdichado autor de esas líneas, en ellas se condena de la manera más terminante todo culto externo, siendo así que la religion cristiana prescribe este culto: luego no es verdad que el Espiritismo venga á confirmar la religion, sino á destruirla. Por lo demás yo ruego á V., Sr. Director, me diga con ingenuidad quién es, y qué es Jesucristo para los espiritistas: es simplemente un hombre? ¿es verdadero Dios? Si Jesucristo no es más que un hombre, luego el espiritismo no viene á confirmar la ley cristiana, sino á destruirla, pues esta enseña que es Dios: si Jesucristo es verdadero Dios, luego será cierta, absolutamente cierta su doctrina, y por con-

siguiente cierta é irrecusable la autoridad de la Iglesia, pues á ella en la persona de sus apóstoles ha dicho Jesucristo: *id y enseñad á todas las gentes; yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1): *el que os oye á mí me oye, el que os desprecia á mí me desprecia* (2): *á quien no oyere á la Iglesia tenedlo como un gñtil ó publicano* (3): luego el Espiritismo deberá enseñar con la religion cristiana el culto interno y externo, la adoracion pública de Jesucristo, la existencia y eternidad del infierno, la indisolubilidad del matrimonio cristiano, toda la doctrina en fin que enseña la Iglesia, y cuyo conjunto forma la ley cristiana: pero el Espiritismo enseña precisamente todo lo contrario: luego no es verdad que venga á confirmar la religion, sino á destruirla. He aquí lo que yo llamo la hipocresia espiritista, hipocresia que considero muy impropia de hombres partidarios del progreso indefinido, y que sin embargo se ve que en esta parte nada han adelantado desde que hay hipócritas en el mundo.

Pero he dicho tambien, que en la segunda de las afirmaciones señaladas mas arriba, habia tantas mentiras como palabras, y voy á demostrarlo. *El hombre (desde la revelacion espiritista) sabrá á qué atenerse: el rayo de luz que iluminando su alma, le hace ver claro el objeto de su mísera vida, será para hacer esta mas llevadera, etc.* Hasta gramaticalmente es digno de censura este párrafo, pues *revela* que su autor debe estar tan enterado de la doctrina que defiende, como de gramática castellana. Pero eso de afirmar en absoluto que el hombre desde la revelacion espiritista *sabrá á qué atenerse etc.*, equivale á decir que hasta ese dichoso y feliz momento nada ha sabido, ni podido saber, ni siquiera *á qué atenerse* en lo relativo al problema for-

(1) Id. id. núm. 2, pag. 48.

(1) S. Math. 28, 19 y 20.

(2) S. Math. 18-17.

(3) S. Luc. 10-16.

midable de su existencia presente y futura; y que este sea el verdadero sentido del párrafo, lo confirma el siguiente que he citado anteriormente, y el cuerpo del artículo que puede leerse íntegro en el núm. 1.º de *La Revelacion*. Semejante afirmacion es completamente falsa y ademas injuriosa para el hombre y para Dios, *cuya bondad y justicia son inconmensurables*. ¿Cómo, el hombre despues de 19 siglos de cristianismo no podia ver claro el objeto de su mísera vida?... cómo, el hombre despues de la gran revelacion de Jesucristo, despues que *el deseado de las naciones* hubo dicho en medio del mundo para que lo oyeran todos: *ego sum lux mundi, yo soy la luz del mundo*, el hombre, repito, no supo á qué atenerse en lo relativo al objeto de su existencia, y ha caminado á ciegas por cimas y precipicios sin prever el término de su fatal carrera...? ¿Cómo, la humanidad nada hubiera hecho en la investigacion de la verdad, despues de haber oido su paso sobre la tierra, despues de haberla visto brillar sobre la frente de nuestros mártires en las cárceles y en los cadalsos, en el circo y en el Anfiteatro, en los desiertos y en los tronos, despues de haber presenciado la destruccion de Jerusalem y la caida del imperio romano, bajo la inmensa pesadumbre de su corrupcion y de sus crímenes, despues de haber asistido á la civilizacion de los bárbaros de aspecto feroz y salvaje continente, en una palabra, despues de tanta luz, de tantos prodigios, de testimonio tanto...? Cómo, la historia ha sido para el hombre un libro cerrado con siete sellos, y la ciencia cristiana, y el arte cristiano, y la existencia misma del cristianismo nada le han dicho á pesar de su afan y de su continuo desvelo...? y despues de todo esto, todavia la humanidad se hubiera estrellado en su desenfreno, si el espiritismo no la detuviera en el momento de precipitarse al caos.....? mentira, mentira mil veces: solo la osadía espiritista es capaz

de lanzar en la última mitad de siglo XIX afirmaciones tan falsas, tan contrarias á la historia como á la sana razon.

El hombre, como la humanidad, se halla en posesion plena de la verdad, y de ella no la despojarán las mentiras espiritistas: yo que no lo he sido nunca, que ni conocia siquiera al Espiritismo, yo me levanto á desmentir al osado articulista en nombre de la historia, en nombre de la ciencia, en nombre de la dignidad humana ofendida: yo me levanto en nombre del género humano á protestar contra el ignorante espiritista, que sin duda cree que la humanidad no se estiende mas allá del círculo de su redaccion, ó del diminuto grupo de espiritistas infelices que se hallan diseminados aqui y allá por parecer muchos y aparentar una fuerza que no tienen. Cada palabra que escribis, cada artículo que publicais, cada mentira que entregais á la imprenta, son una prueba de la verdad, que palpita en el fondo de vuestra alma, son un eco, un grito de vuestra conciencia que protesta á su manera contra vuestros propios desaciertos, y apesar vuestro, sois los testigos de la verdad católica, de esa verdad que abre al hombre los horizontes infinitos del provenir, que le dice terminantemente lo que le espera mas allá del tiempo, lo que aguarda á los insensatos que enseñan y propagan doctrinas cargadas con los anatemas de Dios y de los hombres. Por que una de dos, ó la divinidad de Jesucristo y por consiguiente la Iglesia y su doctrina, su moral, sus preceptos y sus leyes son una mentira, ó son una verdad: si son una mentira, cómo os atreveis á decir que el Espiritismo no viene á destruir la religion cristiana, sino á confirmarla...? En este caso el Espiritismo viene á confirmar la mentira, y es por lo mismo una mentira mas, y vosotros los apóstoles de la mentira: pero si son una verdad, cómo podeis asegurar que la humanidad no ha podido encontrar el atractivo de la verdad en ninguna idea, que el hom-

bre caminaba á ciegas y ha sido preciso que el Espiritismo le ayudara en su asiduo trabajo para opoderarse del misterio de la vida, del arcano de todo, con el conocimiento de Ultra-tumba? luego en este caso el Espiritismo es tambien una mentira, y vosotros sus apóstoles, los apóstoles de la mentira. Escoged aquello que me mejor os plazca; por los dos caminos se llega de una manera inevitable á la misma conclusion; á la conclusion de vuestras mentiras. Desdichados espiritistas, habeis caido en el lazo, que os ha preparado vuestra impudencia ó vuestra ignorancia: decid al centro que evoque espíritus mas hábiles, pues los que os inspiran, os han hecho caer demasiado pronto en vuestras propias redes.

Quedo de V. atento Cap. Q. B. S. M.

F. de Zarandona.

Alicante Febrero 8 de 1872.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, al Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

OBISPADO DE ORIHUELA.

Excmo. Sr.: Un nuevo y justo sentimiento ha venido á aumentar el dolor y ansiedad que los buenos cristianos deben experimentar siempre que se maltratan puntos de sus creencias ó de cosas que con ellas íntimamente se relacionan. Bajo este aspecto puede y debe considerarse la real orden fecha 11 de los corrientes espedida por el Ministerio del digno cargo de V. E. disponiendo que sean inscritos en el registro civil como hijos naturales los habidos del matrimonio católico. Es decir, que los hijos habidos de la única union santa y legitima que puede haber entre el hombre y la mujer conforme á las creencias católicas fundadas en la enseñanza del

mismo Dios, han de venir por disposicion de una opinion de los hombres á llamarse con el nombre que siempre entre aquellos se ha mirado como denominacion que clasifica á los hijos del pecado y de la mancha. Es decir, que no pudiera haberse adoptado una denominacion mas repugnante que hiriese con mas dureza el sentimiento de los buenos cristianos y la tradicion veneranda que recibieron de sus padres y mayores.

Fácil es por esto deducir hasta donde deben llegar el dolor y el deber de un Obispo católico, cuya mision santa comprende la obligacion de sostener puro y sin mancha el depósito sagrado de la fé y de las enseñanzas cristianas, que imponen en el corazon humano la accion viva de sus infalibles creencias.

Y por lo mismo, no puede menos el Obispo que suscribe de hacerlo presente á V. E. con todo el respeto que responda al justo motivo de esta queja y á la merecida confianza que la alta penetracion de V. E. le inspira. No cree para el caso necesario aducir en su prueba las sólidas y concluyentes razones sábiamente espuestas por otros eminentes Prelados á las que enteramente se adhiere, y por lo tanto omite su reproduccion que considera puede dispensarse, y que ocuparia sin duda demasiado la atencion de V. E. Pero al omitirlas por estas atendibles consideraciones, y porque nada nuevo cree añadir, no puede dejar de indicar dos ideas sobre cuya estension quiere llamar especialmente la atencion de V. E. Primera es que todos los católicos resisten y deben resistir en sus conciencias esa denominacion degradante é injusta, que ninguno puede admitir de buen grado para sus hijos, que siendo el objeto mas querido del corazon, no pueden verlos con nota de infamia como el mismo Ministro es seguro la recha-

zaria. Segunda, que si el objeto de la disposicion no es el de morbificar el sentimiento católico, ¿por qué no se adopta otra denominacion contra la cual ni haya ni pueda haber la justísima queja que la que con sentimiento general se ha adoptado?

Prive la ley civil de sus derechos á los que se apartan y la desconozcan, pero no se marquen con una palabra de infamia y deshonor á los que siguen solamente la ley de su fé y sus creencias. Llámense, pues, los hijos del matrimonio católico hijos de padres no casados civilmente, pero nunca se llamen hijos naturales ó de proscripcion.

Así lo espera el Obispo que suscribe de la rectitud de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años.

Orihuela 31 de Enero de 1872.—
Excmo. Señor.—Pedro Maria, Obispo de Orihuela.—Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

EL CARNAVAL

y el espíritu de nuestra religion.

Triste cosa es y por varios modos lamentable el aspecto que ofrece en los presentes dias nuestra sociedad, no obstante de llamarse cristiana, cuando la vemos entregada á los mas reparables extravios y excesos, no tan solo repugnantes al caracter de cristianos, sino á la condicion de seres racionales. Porque caben dentro de esta condicion los placeres honestos y las naturales expansiones del ánimo, necesarias muchas veces para su solaz y descanso; pero no caben ni el buen sentido puede admitir aquellas diversiones, tan frecuentes por desgracia en estos dias, que pugnan con la recta razon y con las prescripciones de la sana moral.

Sin entrar en detalles minuciosos sobre este particular, bien comprenderá cualquiera que de buena fé se ocupe un

momento de estas cosas, cuanto encuentra en ellas que corregir el recto juicio, y cuanto que desdice del grado de cultura á que pretendemos haber llegado. Y comprenderá tambien, que aquí no se condenan los pasatiempos de estos dias ni otras distracciones, siempre que se hallen dentro de los límites que señalan el buen sentido y los mas generales principios de moral de todos conocidos, y no desdigan ni nos hagan degenerar del espíritu de nuestra religion. ¿Sucede así por fortuna en nuestros dias?

En los primeros tiempos de la Iglesia, mientras los gentiles se divertian y tenían sus fiestas mundanas, los cristianos gemian y oraban, y se mortificaban, sacrificándose á Dios como víctimas de la verdadera penitencia. Vindicábanse los defensores de la santa Iglesia, diciendo que la modestia, el retiro, el odio del mundo, la fuga de los espectáculos y la continencia que mostraban los cristianos, era una condenacion pública de los excesos de la gentilidad.

¡Dichosa aquella edad dorada de la religion, que por nuestra desgracia ha desaparecido! Las costumbres públicas de los fieles á nadie dan ya lugar hoy á que defiendan la causa de Dios por este camino. Los cristianos de ahora no quieren mostrar en sus obras la modestia que ensalza la religion, sino la desenvoltura que la deshonor; profanan en sí la vida que debieran santificar, y manchan la ley que debieran ennoblecer con sus buenas costumbres. No se contentan ya con ser del mundo, quieren pertenecer á la gentilidad. Poco es para ellos seguir el hilo de las pasiones, si no les dan rienda en los tiempos que para esto tenia señalados el paganismo: á tal extremo nos reducen las diversiones profanas con que manchamos este santo tiempo. No nos basta la alegría desmedida, ha de ser alegría corrompida y pecaminosa, y sobre esto gentilica. ¿Qué mas pudieran hacer los enemigos de la fé, si tratasen de profanar nuestras fiestas? Aun en nosotros causa mas horror, que conservando la religion verdadera por misericordia del cielo, abrigamos en nuestro seno lo que destruye su espíritu. Al cabo en los gentiles este desenfreño fué consecuencia de su supersticion;

mas en nosotros es prevaricacion del Evangelio y apostasia de su espíritu. ¿Por ventura estas diversiones profanas nos reconcilian con Dios, ó nos limpian de nuestras culpas, ó nos despegan del mundo, ó nos abren las puertas del cielo? Porque la religion enseña que todo esto debemos llevar por delante en todas nuestras obras. ¿Vemos allí las señales de la cruz, ó las huellas del Redentor, ó los frutos de su muerte? Pues la religion nos dice que el cristiano no debe perder de vista ni separarse de estos grandes objetos, que son siempre prendas de su santificacion, á la cual debe aspirar continuamente.

Este tiempo, por otra parte, es el destinado por la Iglesia para prepararse los cristianos á ingresar en el de la penitencia: y ¿podrá ser buena preparacion el entregarse sin tasa á los excesos y profanidades del carnaval? ¿No será esto, por el contrario, levantar obstáculos en el camino y obstruir aquella entrada? Porque los propósitos de la penitencia van sujetos á las leyes de ella, que son la tristeza saludable, la mortificacion de los sentidos, la separacion aun de los placeres lícitos, como dice el Papa San Gregorio, cuanto mas de muchos placeres que están fuera de la permission de la ley divina. Este es el aparato de la penitencia, con el cual son incompatibles cualesquiera diversiones vanas del siglo, y mucho mas las peligrosas.

Fuera de esto, el amor de Dios, primera obligacion moral del hombre, no puede adquirirse ni conservarse sin dejar primero el del mundo; y este no se deja, sin romper los lazos con que nos atrae y nos aprisiona. Veamos qué hacian antiguamente en estos dias los fieles que solicitaban ser admitidos en la cuaresma á la penitencia canónica.

Ciertamente no pensaban como ahora en divertirse; lloraban, se humillaban, con grande esmero procuraban que ni en su vida ni en su exterior se echase de ver cosa, que los hiciese indignos de la misericordia de Dios y de la compasion de los hombres. ¿Lo practicamos así en nuestros dias?

Desde luego debe tenerse en cuenta por el hombre sensato y el que aspira á

la vida cristiana, que en medio de la confusion del mundo, el grito de las pasiones no da lugar á que la voz de Dios penetre hasta el corazon y lo gane. Los espectáculos, las conversaciones libres y los otros desahogos malos de estos dias dejan absortos los sentidos, el ánimo preocupado, disipado el corazon y todo el hombre arrastrado por objetos, cuando menos impertinentes y de ordinario dañosos, que lo llaman fuera de sí, y le abandonan á los enemigos de su bienestar, que son sus mismas pasiones no refrenadas. ¿Y que freno tendrá el que no vela sobre sí mismo? ¿Y qué vigilancia el que no ora? ¿Y qué oracion el que no huye las ocasiones, antes bien las busca? No puede nacer del espíritu de Dios la oracion del que tienta á Dios; y tienta á Dios el que voluntariamente se pone en riesgos de ofenderle, que pudiera evitar.

No es este ciertamente el camino que enseña la religion. Obligacion nuestra es el pedir luz superior para que conozcamos nuestros desvíos, abandonemos todo género de liviandades, y troquemos los dias de perdicion en dias de salud. Mientras la Iglesia llora con lágrimas de sangre las disoluciones á que en este tiempo se entregan sus hijos, nos atruena los oidos con el estampido de la verdad, para que entendamos de una vez, y no olvidemos nunca, que nadie se dispone para la medicina con nuevas dolencias; que la disolucion y la vida loca y desenfrenada nos hacen indignos de la gracia, sin la cual nadie puede emprender debidamente la oracion, el ayuno y demás ejercicios piadosos en que vamos á entrar.

Mientras tanto, ya que el mundo rebosa desgraciadamente en impiedades, atesoremos mucha piedad en los cultos religiosos que en estos dias se tributan al Dios que se venera en nuestros altares, y procuremos ahogar el mal que nos rodea con la abundancia del bien.

M. S.